

RELATOS DE LA MAR.



EL PERRO MISTERIOSO.

Me acerqué al cuarto de baño, donde conservo una caracola en el blanco mármol del lavabo. Caminaba solo y pensativo por la playa el día que la encontré. El mar estaba tranquilo, reluciente en su grandiosidad azul y acariciaba con sus salados brazos de agua el nácar de la caracola que había depositado en la orilla. Cada vez que la contemplo me trae recuerdos de las rías, de aquellas costas del Ferrol, de Valdoviños, de Camariñas, de Roncudo en Corme y de las playas doradas de Doñinos, San Xurxo o Vilar Covas.

Al acercármela al oído escuché un suave rumor. Unas veces me produce paz, otras, recuerdos del aire fresco y salado, del color azul grisáceo de su cielo y de la espuma con rugidos de olas que se deshacen en la orilla. Pero también me muestra la dureza oscura de los acantilados, el rugido del mar embravecido y la imagen de los percebeiros colgados en las rocas. ¡Qué contraste entre lo diminuto del marisco y la inmensidad del mar en la costa gallega!

He contemplado el agua de las rías de color esmeralda con las gaviotas planeando en gritos y la bruma deslizándose por las hendiduras de los verdes montes. Aunque yo no soy de esa tierra, solo llevo con orgullo mi apellido galaico, estoy curtido de retales de sol, de sal, de arena y del viento de levante

de un rincón de Andalucía y voy ya con mil recuerdos en la cartera de mi memoria.

La actividad de arrancar percebes de las rocas es un modo de vida sin tregua en un rincón escarpado de la costa atlántica gallega, donde día tras día los mariscadores se ven obligados a librar una particular batalla de cuatro horas con la cabadoira y contra el bravo empuje de las olas. No sé si esto es una profesión de muerte para ganarse el sustento de la vida o es una forma temeraria de jugarse la vida con la muerte.

El percebe, ese fruto del mar tan deseado, es un crustáceo que presenta un aspecto entre vegetal y animal, pero es un bocado delicado que mantiene una estructura sorprendente con una uña unida a un cuerpo construido de faja elástica para ocultar un músculo que lo mantiene erecto y aferrado a la roca. Es hermafrodita y sin corazón, necesitando mucho oxígeno para su desarrollo que lo consigue en las batidas del mar, en sus subidas y bajadas de las olas a golpes en los huecos de las rocas

El percebeiro reconoce los miedos que confiesa cuando expresa sus impresiones más íntimas y cuenta los terribles momentos que ha pasado de tanto riesgo. Tiene su cuerpo destrozado y siempre piensa que la cuerda se puede soltar y, si sucede, no hay escapatoria. Para una vez que el mar le acaricia suave en sus monótonos vaivenes, las más le baña con golpes y rugidos hasta calarle los huesos. Se agita colgado como si fuese un pelele, pero el mar le bendice con un puñado de ricos percebes. La concentración tiene que ser muy grande porque debe estar pendiente de recoger los mejores ejemplares y tiene que tener la mirada puesta en el traicionero oleaje que, de vez en cuando, impacta contra el acantilado. Si estás en una cueva tienes la sensación de que no vas a poder salir.

Aquel día, que recuerdo, esperábamos sentados en la hierba a que terminasen la faena en las rocas de Camariñas. La caída de la tarde, las olas, las piedras y el balanceo en la cuerda me oprimía de forma extraña. En ese momento sucedió algo extraordinario. Un perro grande y oscuro como una sombra salió del mar y, encaramándose por las rocas, subió a tierra, pasó rápido por donde estábamos y se alejó subiendo el monte. Se hizo un prolongado silencio donde solo se oían los embates del mar y que solo fue roto por un quejido que profirió uno de los percebeiros al dar con la cara en las rocas. El más asombroso prodigio del océano es su insondable crueldad. Cuando el animal llegó arriba, levantó la cabeza y comenzó a aullar de una forma lastimera que yo jamás había oído nunca.

- . *¿Qué diablos le sucede a ese perro?* Preguntó el Rubio.

Ninguno supo qué contestarle. Todos corrimos a las rocas para ver qué había pasado. Después que cesaron los lamentos con la puesta de sol, la silueta del perro encima del monte se destacaba recortada de forma oscura sobre el cielo iluminado.

Cuando pudieron llegar para ayudar al compañero, había perdido la conciencia, ya no respiraba y hubo que sacarlo con mucho esfuerzo. Todos nos miramos asustados y afectados, no solo por la suerte desgraciada del percebeiro sino, también, por el suceso misterioso del perro aparecido. Cuando volvimos a mirar al monte, el can ya no estaba.

- *Yo no creo en los misterios.* Dijo, de pronto y con carácter, Xosé Mariñas como queriendo excusarse de algo.

- *De todas maneras, si no crees en el misterio del perro, tampoco puedes creer en el del hombre. Porque en el mismo momento que el animal salió del agua y aulló de esa forma que nos asustó a todos, fue porque, al morir, el alma del percebeiro estaba siendo separada del cuerpo por algún poder invisible que no podemos concebir. Creo haber hallado el valor del símbolo que parece inequívoco que algo tiene que ver con lo más digno de mención.* Le replicó Carlos Triviño.

El cortejo caminaba triste y en silencio por el sendero. ¡Dios mío, cómo ha de llorar la esposa y cómo han de sufrir sus hijos! ¡Los percebes en la mar y en el cielo los luceros!

Después de admirar la caracola durante un rato, me marché de allí. Pero ya sabiendo que iba a perdurar largo tiempo esa otra caracola alojada en mi interior y que me evocaba con su rumor esos sueños de fantasías y de historias imposibles.

Ernesto Caldelas Lobo.

10 de septiembre de 2017. –

Página Web: Caldelas wix